

*tunc cognosceretur quam multiplex sit ejus misericordia.* S. Bonavent. in Psalm. 119.

*Cum irascitur Deus in reos, differt ut puniat: cum misereatur, properat ut absolvat.* S. Paulin. Epist. 2.

*Mira res, mirabilisque misericordia Dei, et Redemptoris nostri: gemit peccator intra se, doletque perpetrasse delictum, et confestim placatur Altissimus.* S. Laur. Justin. lib. de Obedient. c. 15.

que le rodean, conocería también cuán abundante es la misericordia de Dios al librarle de los mismos.

Cuando Dios se arma de su justicia contra los culpables, difiere el castigarlos; pero cuando perdona, al momento absuelve.

Gran cosa y muy admirable es la misericordia de nuestro Dios y Redentor; así que el pecador se compunge de corazón, y llora sus pecados cometidos, se aplaca el Dios altísimo.

Véase: PACIENCIA DE DIOS EN TOLERAR AL PECADOR.—HIJO PRÓDIGO.

## MISTERIOS.

*Deus in caelo, et tu super terram; idcirco sint pauci sermones tui.*

Dios es el Señor que está en los cielos, y tú un vil gusano sobre la tierra: sean pues pocas y muy medidas tus palabras.

(ECCLES. V. 1.)

¿Qué palabras son esas, carísimos hermanos, y por qué nos exhorta el Sábio á ser breves en nuestros discursos, porque Dios está en el cielo y nosotros en la tierra? ¡Oh! sin duda quiere darnos á entender, que solo á Dios corresponde el derecho de dictar juicios y pronunciar oráculos, porque solo él está colocado bastante alto y ve de bastante lejos, para abarcar desde aquel punto elevado el encadenamiento de efectos y causas, de principios y consecuencias; al paso que el hombre, oscuro habitante de un valle de tinieblas, limitado de todos lados por un estrecho horizonte, debe abstenerse del tono dogmático y decisivo,

y contenerse en la reserva y discrecion convenientes á su ignorancia. *Deus in caelo, et tu super terram; idcirco pauci sint sermones tui.*

Pero, esta sábia máxima, aplicable á los discursos y escritos de toda clase, aplícase más naturalmente aún á la cuestion más seria de los misterios de la religion. Nó, diremos al incrédulo, audaz escrutador de los secretos de la divinidad, no juzgues con una precipitacion temeraria, y no te apresures á expresar ante Dios los pensamientos de tu corazón; no te rias con desdeñosa superioridad; no digas que tal dogma es absurdo, que tal misterio es imposible. Atomo perdido en la inmensidad de los mundos, piensa en que tu Señor está en el cielo, que sus vias no son las tuyas, que sus pensamientos no pueden ser los tuyos; y que desde su trono se reiría de tu locura, si ántes no le inflamase de ira tu impiedad!

Nosotros mismos, amados oyentes, dóciles á esta leccion del Espíritu Santo, nos consideraríamos dichosos con creer y adorar en silencio, y no vendríamos hoy á abrir una discusion dolorosa sobre los objetos venerandos de nuestra fe; pero, cuando la impiedad osa atacarlos, nos está permitido y prevenido defenderlos. Nuestros misterios son el grande y eterno pretexto de la incredulidad. El incrédulo, por punto general, desecha toda religion misteriosa, y apóyase particularmente en la naturaleza de nuestros misterios cristianos para justificar su oposicion al cristianismo. Probemos primero, que razona mal quien desecha una doctrina solo porque ofrece misterios en que creer; y este será el primer punto de nuestro discurso. Mostremos luego, que nuestros dogmas religiosos son por su índole dignísimos de nuestra fe, de suerte que, léjos de ser una preocupacion desfavorable al cristianismo, serian ántes un motivo más para admitirlo; y esto dará materia á la segunda reflexion. Dirijámonos á la fuente de las luces, por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. La táctica más familiar al incrédulo es, desfigurar las ideas, cambiando la acepcion natural de las palabras. Así, para rechazar mejor la fé de nuestros misterios, afecta confundir el misterio con el absurdo. ¿Quereis destruir ese vano prestigio? Definid los términos, y del sofisma desvanecido no quedará más que lo ridículo, que corresponde de derecho al imprudente provocador. Definid pues el misterio, y comprendamos de una vez cuanto difiere del absurdo. Un absurdo subleva la razon; un misterio sobrepuja la inteligencia. El absurdo encierra siempre alguna contradiccion chocante en las palabras ó en las ideas; el misterio está sencillamente circundado

de nubes. Así que se sienta una proposición absurda, la razón la rechaza sin exámen; el espíritu admirado se detiene delante de un misterio, y espera para fallar que una autoridad superior á la misma razón le haga dar su asentimiento. Para aclararlo con un ejemplo, ninguna fuerza humana ni divina puede darme á comprender la posibilidad de un círculo cuadrado; yo puedo admitir sin repugnancia la unidad de naturaleza en la Trinidad de las personas, porque no veo contradicción en los términos; y como no tengo cabal idea de naturaleza y persona divinas, no puedo descubrir contradicción en las ideas. Un misterio no es pues un absurdo; es, según la fuerza de la misma voz, una cosa oculta, secreta, impenetrable á la razón humana. Cuando el incrédulo rechaza los misterios, no puede, pues, sin una insigne mala fé, valerse del pretexto de que son absurdos, sino limitarse á decir, que los rechaza porque son incomprensibles.

Pero, oh razón humana, ya que tan orgullosa eres y tan atrevida, sígueme en los espacios celestes: ¿Has medido esta inmensidad, cerca de la cual la tierra y el océano son un grano de polvo en una gota de agua? ¿Has tocado la cadena que une las esferas celestes, y concibes la fuerza que las arrebata en una carrera tan rápida y tan regular? ¿Negarás la luz, porque no puedes conocer sus elementos y esencia, ni explicarte sus prodigios? ¿Negarás el trueno y las tempestades, porque no conoces los tesoros de los vientos y del granizo, ni las fraguas donde se forja el rayo?

Pero, baja de estas sublimes alturas, hombre insensato; no necesitas subir tan alto, ni acercarte tanto á la luz para ofuscar tu débil vista; baja, digo, contempla esta tierra que huellan tus piés, esta tierra que te sustenta, que de tan cerca te toca, y que debes conocer mejor, ya que de ella saliste. ¡Ah! tal vez conoces ménos la tierra que el cielo, y no por no haberla removido. No te pediré que me expliques la naturaleza de los cuerpos, la esencia de la materia, ni sus grandes propiedades; que me expliques el instinto de los animales, la generación regular de los seres vivientes, el desarrollo de la planta, las varias transformaciones de la tierra, ni el gran secreto de su inagotable fecundidad, ni tantos otros fenómenos de la naturaleza; pero te desafiaré á dar un paso sin tropezar con un misterio, y fuerza será que tu orgullo, como el del océano, venga á romperse contra un grano de arena.

Mas, dejemos la tierra y el cielo y todo el universo que Dios ha entregado á nuestras vanas é interminables disputas. ¿Te conoces tú mismo, te comprendes? ¿Cómo empezaste á ser, y *por qué has venido á este mundo tan temprano ó tan tarde, y en este lugar*

*antes que en otro?* ¿Qué unión tan estrecha es esta de dos sustancias enemigas, el espíritu activo, inteligente y libre, y la materia inerte y grosera, que no teniendo entre sí ningún punto de contacto, se avienen, sin embargo, para formar una misma persona, un solo *yo* en la más sencilla y más justa unidad? ¿Cómo imprime tu alma el movimiento á tus órganos? Y tus sentidos, á su vez, ¿por qué vía secreta comunican á tu alma sus impresiones? ¿Explicarás los misterios del pensamiento, cuya audacia toca los cielos, penetra el abismo y se lanza más allá de la realidad, al campo de lo posible? ¿Explicarás los misterios de la memoria, vasto depósito, donde se acumulan de continuo tantas palabras, ideas, hechos, recuerdos, colocados en un orden tan seguro, que se presentan como por sí mismos al primer llamamiento de la voluntad? ¿Explicarás las maravillas del ojo, en que se pinta el universo; el mecanismo admirable de la mano, que somete al hombre el mundo físico, y de la lengua, que le dá el imperio sobre el mundo moral? ¿De qué dimana que hay en tí dos hombres, que no haces el bien que quieres, y sí el mal que no quieres? ¿Cómo! ¿pretendes conocer á Dios, y no te conoces á tí mismo! ¡Oh hombre, oh hombre! humíllate más bien ante las alturas de la Religión, y entre tantas tinieblas aprende á lo ménos una cosa, á saber, que nada sabes.

Hay, pues, misterios en la naturaleza, donde vemos tantos prodigios incontestables cuya razón nos es desconocida. Los hay en el hombre, de todos los enigmas quizás el más impenetrable. Los hay en las artes, cuya perfección resulta de una igualdad de conjunto, de unos detalles acabados, de una gracia ideal que se conoce muy bien, pero que la lengua no puede definir. Los hay en la historia: la flota romana abrasada por los espejos ardientes de Arquímedes, es un hecho tan difícil de comprender, como lo fuera gestionar su certeza. Los hay en la ciencia misma, como el de aquellas dos líneas conocidas del matemático, que prolongadas infinitamente, se acercan sin cesar á su curva sin poderla cortar nunca; y tantas otras proposiciones demostradas á la razón, y con todo incomprensibles.

¿Y sería la Religión la única entre todas las ciencias que no tuviese sus tinieblas y sus velos? Y el incrédulo, obligado á reconocer los límites de su razón en los conocimientos naturales, ¿osaría exigir que todo fuese evidencia en las cosas divinas?

Son tan esenciales los misterios á la Religión, que es imposible imaginar una que no sea oscura en algún punto. Vosotros querriais, decís, una Religión que no presentase más que ideas claras, accesibles á todos los entendimientos. Venid, pues, grandes reformadores, en-

trad en vuestros laboratorios, preparad vuestros alambiques, encended vuestros hornillos; descomponed, refundid la religion, purgadla de lo que llamais liga; reducidla á sus más simples elementos. A pesar de la actividad de vuestros disolventes, y á despecho de todos vuestros procedimientos químicos, esta Religion, así analizada y acrisolada, retendrá á lo ménos la idea de un Dios; no podeis componer una cosa ménos costosa ni reducir á ménos vuestro símbolo. Este solo artículo basta para confundiros. Dios, á juicio de los inteligentes, es el más inconcebible de los misterios; todos los demás se explican por éste; solo éste no tiene su explicacion sinó en sí mismo. La razon, que llega á conocerle, ¿puede elevarse á comprenderle? Ella nos dice que existe necesariamente; pero ¿nos dá la idea de un sér que contenga en sí la razon de su existencia? Ella nos le representa eterno: ¿qué filósofo osará jactarse de concebir una duracion sin sucesion de tiempo, ó una sucesion sin principio ni fin? Y sin embargo, el misterio de la eternidad es inevitable en cualquier sistema que se adopte.

Porque la Religion, por más reducida y simplificada que esté, ofrece aún oscuridades, ¿ireis para acabar con los misterios á lanzaros en los sistemas de la incredulidad, sin ninguna creencia religiosa? Léjos de salir de las tinieblas, os abismais más y más en ellas. Vosotros no podeis deteneros en el deísmo; Dios os agobia aún con todo el peso de sus inefables atributos; y luego, ¿qué extraño misterio no es una divinidad perezosa y estúpida, que ha creado el mundo y no lo rige, que ve el mal y no lo castiga! ¿Descendereis al ateísmo? En ese abismo aún es más negra la oscuridad, y ¿cómo discerniréis ese caos? ¿Comprenderéis una série de séres sin un primer sér, y el movimiento sin un primer motor?

Aquí, carísimos hermanos, tenemos no simples misterios, sinó contradicciones repugnantes; no dificultades por resolver, sinó muchos absurdos que devorar. El incrédulo, que se cubre con el manto de la sabiduría y se llama ánimo despreocupado, es, en verdad, un espíritu inconsecuente, que, como dice Bossuet, *por no creer incomprensibles verdades, sigue uno tras otro incomprensibles errores*; espíritu apocado ó neciamente crédulo, que adopta, por la fè de una imaginacion delirante y contra todas las luces de la razon, ideas extravagantes que rechazaría con desprecio la sencillez de la infancia. El cristiano, á quien se trata de ánimo crédulo, y que solo es creyente, es, por el contrario, un sábio que, en la necesidad de escoger, más quiere admitir un corto número de dogmas oscuros, que mil sistemas monstruosos.

2. Pero ¿de qué sirven los misterios? preguntan los incrédulos.

¿Nos hacen acaso más sábios, nos vuelven mejores ó más dichosos? Yo contesto, que los misterios contribuyen poderosamente á nuestra instruccion, á nuestra virtud y felicidad.

Aún cuando los misterios solo nos reveláran la debilidad de nuestras facultades, que con tanto ahinco nos ocultamos, y sin ensanchar los límites de nuestro entendimiento solo nos mostrasen á donde llegan, siquiera no nos diesen más luz que para ver nuestras tinieblas, aún nos enseñarian la verdadera sabiduría; mas, no limitan á esta sola leccion sus útiles enseñanzas. La Trinidad, primer misterio de nuestra fè, extiende y engrandece nuestras ideas, descubriéndonos nuevas relaciones en la Divinidad. ¿Qué de altas concepciones, qué de *iluminaciones casi divinas* no han hallado Bossuet y los más profundos pensadores en la contemplacion de este augusto misterio! ¿Qué ricas investigaciones! ¿qué admirables comparaciones entre la Trinidad celeste, que tiene su fecundidad en los justos términos de poder, inteligencia y amor, y la trinidad humana, que es tambien inteligencia para conocer la verdad, voluntad para amarla, y poder para realizarla con sus obras; entre Dios, que no se conoce sinó por su Verbo, y el hombre, que quizás tampoco se conoce sinó por su palabra, que le revela su pensamiento!

El pecado original, fundamento de los misterios de la tierra, como la Trinidad lo es de los misterios del cielo, no nos ofrece una fuente de instrucciones ménos copiosa. El mal está en la tierra: ¡ah! es una verdad que no necesita probarse; mas ¿cómo explicar su origen? Por el misterio del pecado original. Él os mostrará al hombre autor del mal moral por el abuso de su libertad, y justamente castigado por el mal fisico, para volverle con el castigo al orden de que se separára con el crimen; el hombre degenerado de un estado pristino en que todo era bien, rey caido del trono, pero que aún conserva en su desgracia un destello de su majestad primera. Y solo así se explican los desórdenes del mundo fisico y del mundo moral, y así se concilian todas las contrariedades que se hallan en el hombre, y así tambien se explica la historia: pues así se ve el motivo de las expiaciones, libaciones y cruentos sacrificios, que un confuso sentimiento de su caída aconsejára á todos los pueblos del mundo, como para purificar la vida humana corrompida en su fuente; y así, en fin, se halla la única solucion razonable de la dificultad que más importa al hombre resolver, pero que fué en todo tiempo el escollo de su sabiduría.

Sin embargo, la raza humana, que de tan alto cayó, impotente para levantarse por sí misma, llama á grandes voces un Mediador que la reponga en las condiciones destruidas por el pecado; y aquí se

presenta un tercer misterio, que aproxima los otros dos, el misterio de Jesucristo, medio entre los extremos, medio que nos facilita el acceso al Padre; Dios hombre, para unir en sí solo lo que estaba dividido, derribar el muro de separacion, pacificar lo que está en el cielo y lo que está en la tierra, y hacer enlazar en su persona el perdón y el arrepentimiento, la justicia y la misericordia (EPH. II, 14 ET SEQ); glorioso Reparador, que restablece el orden en la sociedad de las inteligencias, eleva nuestra nada, colma el espacio inmenso que nos separa del primer Sér, renueva la naturaleza con la gracia, expia nuestro orgullo con sus oprobios, nuestra abundancia con su pobreza, nuestros goces con sus sufrimientos, y extingue el rayo en su sangre. ¿Qué os parece ahora este edificio tan regular en su conjunto, tan bien unido en todas sus partes? ¿Veis como un misterio conduce á otro, como se encadenan todos en un orden tan conveniente, que no puede quitarse uno solo sin desarreglar el plan de esa divina fábrica?

Los misterios cristianos, ya tan útiles á nuestra instruccion, nos ofrecen tambien poderosos estímulos á la virtud. La moral del Evangelio, sin duda, es hermosa y arrebatadora; pero ¿qué sería sin los misterios de que se la quiere separar? Un vano alarde de grandes máximas, de magníficas sentencias, pero faltas de una autoridad que las consagra y de motivos que las persuaden á la voluntad; sería lo que son nuestras colecciones de adagios y apotegmas, nuestros ensayos sobre las costumbres, nuestros tratados filosóficos sobre los deberes, admirables para leídos, obras maestras si quereis, pero que no pueden llegar á corregir un vicio, sofocar una pasión, despertar una virtud. Y los escritores filósofos se han dignado á veces copiar la moral purísima del Evangelio, por no poder echar mano de otra mejor. ¿Por qué es fría y muerta en sus escritos? Porque está privada de su principio de vida; semejante á las plantas exóticas, que no pueden florecer ni producir frutos fuera de su tierra natal. Nó, no hay moral eficaz sin una sancion que quite todo pretexto á la desobediencia, toda excusa á la rebelion; y ¿qué sancion más imponente que la de nuestros misterios, que nos lleva al cumplimiento de los preceptos por el doble motivo de la autoridad y de los ejemplos de un Dios?

¡Filósofos! vosotros exhortais á los hombres á amarse fraternalmente como individuos de la gran familia, á unirse por los lazos de una filantropía universal, sin atender á la diversidad de cultos ni á las rivalidades nacionales. Hermosas son vuestras frases; pero es lástima que sean palabras y nada más; pues, en fin, á consultar solamente la razon y la naturaleza, ¿qué interés puedo tomarme por unos séres de quienes nada tengo que esperar y temer, por tantas razas di-

versas, tantos pueblos y tribus, cuyo origen, según decís, no está probado que sea comun con el mío? Pero, cuando la religion nos presenta un Dios Padre y Criador de todos los hombres formados á su imágen; cuando nos propone por regla y modelo de nuestras afecciones tres personas divinas, que juntas no tienen más que un mismo sentimiento, una misma accion, una misma voluntad, y nos exhorta á estar unidos como el Padre lo está con el Hijo en un mismo espíritu de amor; cuando nos invita á que nos amemos unos á otros como el mismo Jesucristo nos ha amado, y veo que el Hombre-Dios ha dado su vida por sus hermanos, por todos los hijos de Adán, sin distincion de judío y de gentil, de samaritano y de infiel; entónces siento la obligacion de la caridad fraternal, conozco su medida, comprendo su extension, y me doy por dichoso con seguir los pasos de mi Maestro.

Vosotros me recomendais la humanidad, la beneficencia, y no puedo negar que vuestra elocuencia á veces arranca lágrimas á mi avara piedad... y tal vez tambien alguna suma, fastuosamente inscrita en nuestros anales públicos; pero, cuando la Religion me enseña que el bien que haya hecho á un infeliz, lo habré hecho á Dios mismo; que Jesucristo es á quien visto, alimento y auxilio en la persona de los pobres, á quien visito en las cárceles y hospitales, á quien recibo en el caminante sin refugio; agregándose entónces el motivo de la fé á mi sensibilidad natural, ábrense mis manos con mi corazón, y los socorros se proporcionan á las necesidades; ya no temo favorecer á ingratos, imponerme privaciones, y me basta que mis limosnas estén registradas en los fastos del cielo.

Ved, pues, la diferencia que hay de la moral sola, aún la más pura, á la moral animada por la fé de nuestros misterios. En vuestras escuelas y academias disertais sobre las pasiones, sobre sus causas y remedios; y la hija de la caridad va á cicatrizar con sus inocentes manos las llagas que vuestras pasiones han abierto. Declamais contra la esclavitud; y el hermano de la redencion rompe las cadenas del cautivo, y el misionero se encierra en las minas con los esclavos negros para llamarles á la libertad de los hijos de Dios. En medio de vuestras gratas y brillantes diversiones haceis votos por el progreso de las luces; y el obrero evangélico atraviesa el Océano, pasa los grandes lagos y los grandes rios en una mala barquilla, y se interna en las selvas profundas para civilizar á los salvajes. Quitad los misterios, quitad la cruz al mundo, quitad la persuasion de que un Dios se hizo compañero y víctima de nuestras miserias; y sustituid esta creencia con la doctrina de la incredulidad; la moral queda intacta

en vuestros libros, pero pierde su ascendiente en los corazones; cumpliránse quizás los deberes fáciles; mas no pidais ya al hombre fuertes virtudes; no espereis ya de él el espíritu de sacrificio, alma y nervio de las sociedades; pues no tendreis en su lugar más que frio cálculo, sórdido interés, innoble egoismo; y la sociedad perecerá, como perece todo sér cuando el corazon está helado.

En efecto, ¿no es para nosotros una felicidad saber que Dios nos ama, y que el hombre, aunque débil y pecador, es siempre objeto de su ternura? Nuestros misterios, carísimos hermanos, son casi todos testimonios, brillantes manifestaciones del amor de Dios á los hombres. Veis á un Dios en el pesebre, y vuestra razon asombrada se pregunta: ¿Cómo es posible? Pero ¡con qué enternecimiento oís esta respuesta: Así amó Dios al mundo: *Sic Deus dilexit mundum!* Veis á un Dios en la cruz, y vuestro espíritu se escandaliza, y exclamais otra vez: ¿Es posible?... Pero en la cruz sangrienta sale una voz que os dice: Así amó Dios al mundo. Veis á un Dios en el altar, pero á un Dios *sin gloria, oculto, aniquilado*; y vuestros sentidos se indignan, y vuestros lábios repiten aquel eterno murmullo de la incredulidad; pero un sentimiento de amor, más verdadero, más fuerte que todas las dificultades, os dice tambien: *¡Dios amó tanto á los hombres!* Podemos decirlo con seguridad, el cristianismo entero no es más que la sublime realizacion de un magnífico pensamiento de amor, un Dios niño, un Dios moribundo, un Dios hostia; toda nuestra fé se reduce á estas sencillas y deliciosas palabras: Creemos que Dios nos ama. ¡Qué fuente inagotable de consuelos y alegrías!

El incrédulo no puede persuadirse de que Dios le ama; y ved ahí porque es verdaderamente desgraciado. Pero ¿quién puede turbar la vida del cristiano, del verdadero fiel? El desprecio ó el dolor no más. ¿El desprecio? ¡Ah! su Dios fué llenado de ignominia. ¿El dolor? Su Dios murió entre mil tormentos. Una mirada á la cruz consuela todas sus penas; una sola comunión puede cicatrizar heridas que no pudieran curar todos los bálsamos de la tierra. Goza en medio de sus sufrimientos, uniéndolos á los de su Dios, y siente renacer una fruición inefable del fondo mismo de las tristezas de su alma. Aunque los misterios no tuviesen más que esta virtud, serian divinos, pues solo hay un Dios que pueda hacer hallar dulzuras en la cruz. La falsa filosofia jamás ha procurado un solo consuelo verdadero en la vida, ni á la hora de la muerte.

La muerte, siempre hemos de venir á parar en ella; y nuestros misterios poseen tambien el secreto de suavizar ese tránsito. Acercaos,

filósofos, á este lecho de dolor, con vuestras doctrinas de materialismo, ateismo, y todas vuestras recetas de incredulidad. ¡Ah! ¡qué horror! Si fué uno de los dichosos del siglo, haceis más desgarradora su agonía; si es pobre y desventurado, le haceis maldecir toda la naturaleza! ¡Oh! venid antes al lado de ese moribundo, ministros de una religion consoladora; habladle de aquel Dios que saboreó la muerte y la quitó toda su hez; recordadle que el cristiano no muere, que su alma va á reunirse con su Criador, que un día le será devuelto su mismo cuerpo en un estado de gloria y de felicidad inmortal. Ya la esperanza brilla en su frente; su vista se anima y se eleva al cielo; la imágen de un Dios moribundo, que estrecha contra sus lábios y su corazon, despierta en su mente mil recuerdos de misericordia. Va á ver á su juez, pero ha recibido á su Salvador; y fortalecido con el viático celeste, entra gozoso en el camino de la eternidad!

¡Dios mio! ¡cuán hermosa es tu religion! Bajo cualquier aspecto que se la mire, muéstrase radiante de divinidad. Desesperando de perjudicarla en sus fundamentos, el incrédulo la ha atacado en sus misterios, y de estas venerables oscuridades sale una luz inesperada que confunde al audaz blasfemo. Sí, estos misterios son divinos; son un manantial de instrucciones profundas, el alma de las virtudes, encanto y consuelo de la vida y de la muerte.

---

## MODA.

---

*Quare discipuli tui transgrediuntur  
traditionem seniorum?*

¿Por qué motivo tus discípulos tras-  
pasan la tradicion de los antiguos?

(MATTH. XV, 2.)

Léanse los libros mosáicos, recórranse una por una todas las leyes dictadas á los hebreos, y no se hallará que el supremo legislador les hubiese inculcado la ceremonia de lavarse las manos al tiempo de comer. Los fariseos mismos confesaban en el Evangelio que este no era un precepto de Dios, sino una tradicion de los hombres, una costumbre trasmitida por los antiguos á sus sucesores, una formalidad,